

CUBA EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES: PRIMEROS PAPELES Y VULNERABILIDAD*

ALAIN ROUQUIÉ

CUBA SE CONVIRTIÓ en el transcurso de los años setenta en un actor importante del sistema internacional. Ese antiguo semiprotectorado norteamericano, prácticamente desprovisto de política exterior hasta la llegada de Fidel Castro al poder en enero de 1959, no se contenta con ejercer hoy una influencia regional, desempeña de hecho un papel mundial tanto por su presencia militar en otros continentes como por sus responsabilidades transnacionales. Una distancia que se nos antoja considerable, incluso incomprensible, teniendo en cuenta la situación geopolítica de Cuba, separa a la Enmienda Platt, verdadera constitución de la isla, que legalizaba la intervención norteamericana, del triunfal periplo africano de Fidel Castro en marzo de 1977 o de la Conferencia de los no alineados en La Habana en septiembre de 1979, a menos que haya justamente alguna relación directa, alguna correspondencia necesaria entre las dos series de hechos, que el activismo internacional sea indispensable para romper la dominación y la fatalidad geográfica.

En efecto, si se ha señalado con mucha justicia que "la política exterior cubana es el mayor éxito de la revolución",¹ eso no quita que esa "subida de poder" presente un carácter singular. El ascenso internacional de esta isla, cuyo territorio es cinco veces menor que el de Francia, poblada por sólo 10 millones de habitantes, que se extiende mar adentro frente a la Florida en una de las zonas más sensibles para la seguridad de Estados Unidos, no obedece a los esquemas habituales aplicables a las mutaciones de los actores internacionales. Cuba no ha conocido ni una fulminante prosperidad debida a la posesión de un recurso escaso, ni un desarrollo significativo de su potencial industrial que le permitiera erigirse en nuevo centro de poder.² Podría decirse

* Traducción del francés de Tomás Segovia.

¹ Jorge Domínguez, "Cuban foreign policy", *Foreign Affairs*, otoño, 1978, p. 83.

² Para una discusión del ascenso de una potencia y de sus condiciones ver el expediente publicado por la *Revue Française de Science Politique* (abril, 1980) titulado "Les nouveaux centres de pouvoir dans la dynamique du système international".

incluso que su acceso al rango de actor en el tablero internacional, lejos de ser consecuencia de un florecimiento económico que permitiese un "salto cualitativo" en el orden exterior, se ha producido en una situación de persistente debilidad económica en el marco de una mono-exportación azucarera tradicional prácticamente incambiada. Si la subida en el poder de otros "nuevos influyentes" en el escenario internacional va a la par, en la mayoría de los casos, de una independencia creciente, Cuba en cambio entró en escena como país económicamente asistido por la Unión Soviética.³

El paso de una dependencia multiforme de Cuba respecto de Estados Unidos a unas relaciones privilegiadas con la lejana Unión Soviética acompañado de la adopción de un modelo social y económico de tipo leninista en los años setenta, ¿significa acaso una subordinación completa a la otra superpotencia? Quienes contestan afirmativamente a esta pregunta consideran también que la acción internacional de Cuba "al servicio del campo socialista" se desprende de esa misma dependencia. La presencia espectacular en África de unos 30 000 soldados cubanos obedecería únicamente, según eso, a los designios de Moscú. Cuba no sería sino un peón de la estrategia soviética o una marioneta del "hegemonismo" comunista cuyos hilos manejaría el Kremlin. Al sostener en vilo una economía frágil y desfalleciente en el traspatio de los norteamericanos, los soviéticos se habrían procurado así unos mercenarios tercermundistas cuya intervención sustitutiva evitaría la crisis mayor que provocaría una implicación directa de su parte.

Si es indudable que la nueva proyección internacional de Cuba tiene como resorte una inversión de alianzas, que es consecuencia no del fortalecimiento de la nación cubana, sino de la lógica del sistema planetario y de su bipolaridad intrínseca en las zonas repartidas entre los Dos Grandes, de donde autonomía nacional y tercera vía parecen excluidas, la interpretación "instrumental" de la política exterior cubana deja muchas preguntas en suspenso y tropieza con realidades irreductibles. Por un lado, Cuba, después de su ruptura con Estados Unidos, se vio obligada desde 1960 a dirigirse a la URSS, primero para dar salida a su producción azucarera; pero las relaciones entre los dos países no han sido muy idílicas. En busca de un modelo voluntarista de revolución social, Castro y sus "rebeldes" se esforzaron por erigir a La Habana en centro revolucionario autónomo. En la hora de Vietnam, Cuba no toma partido en los desacuerdos entre la URSS y China. La estrategia guevarista, que minimiza el papel de la vanguardia marxista-leninista, disgusta a la URSS y se opone a la orientación de los partidos comunistas latinoamericanos, hostiles a la vía armada en su casi totalidad. Por otra parte, las incursiones de Cuba en otros continentes, y

³ Cf. William M. LeoGrande, "Cuban dependency: a comparison of pre-revolutionary and post-revolutionary international economic relations", *Cuban studies*, julio, 1979, pp. 1-27.

notablemente en África, no esperaron a la muerte de Ernesto Guevara en la selva boliviana ni a la bendición soviética. Desde 1962, el PAIGC de Amílcar Cabral hizo al parecer un llamado a la ayuda militar cubana para "contrarrestar la influencia soviética".⁴ A partir de 1965, e incluso en el momento de la mayor tensión con la Unión Soviética (1966-1967), los contactos se multiplican en Angola con el MPLA y en Mozambique con el FRELIMO, pero también con el Congo Brazzaville o con la Guinea-Conakry, que recibe un contingente cubano encargado de entrenar a la guardia personal de Sékou Touré. Finalmente, Guevara y Cuba no son ajenos al resurgimiento de las guerrillas lumumbistas en Zaire, a la vez que La Habana no se queda indiferente frente a los insurgentes de Zimbabwe y participa en el entrenamiento de los rebeldes eritreos.

Impulsada por una historia contradictoria y discontinua, la revolución cubana es difícil de definir y de situar. Más allá de las invectivas de los adversarios que no ven en Cuba sino el "brazo armado de Moscú" y una cabeza de puente soviética, y lejos de la miopía nostálgica de los "buscadores de Griaes revolucionarios", quisiéramos examinar aquí los resortes y los límites del alineamiento de ese país no alineado, y el grado de autonomía de esa "revolución hipotecada".⁵ No se trata de medir la política exterior cubana, con la vara de su dependencia económica externa, tema que ha hecho correr mucha tinta transatlántica,⁶ sino de apreciar a través de los móviles de su diplomacia los mecanismos de la inserción internacional de Cuba para valorizar sus probabilidades de evolución.

Cuba y la URSS o el triángulo cubano

SEA CUAL SEA la definición más o menos refinada que intentemos dar del papel internacional actual de Cuba, mandataria (*proxy*) o sustituto (*surrogate*) de Moscú, o incluso "supercliente" o "aliado subimperialista"⁷ de la URSS, sería imposible olvidar que los Estados Unidos están siempre presentes como terceros en las relaciones entre la URSS y Cuba. La historia de las relaciones cubano-soviéticas está marcada por las diferentes tentativas norteamericanas de poner término a la

⁴ Según Pascal Boniface "L'URSS et l'Afrique, et Cuba?" en *Revue africaine de stratégie*, núm. 7, 1980, p. 10.

⁵ Según la fórmula de Irving Louis Horowitz.

⁶ El más penetrante análisis de ese tema se encuentra en el artículo de Carmelo Mesa Lago, "La dependencia económica externa de Cuba y su repercusión sobre su política exterior", *Estudios Internacionales*, 1982, pp. 60-87.

⁷ Ver David Ronfeldt, "Super-clients and super-powers. Cuba-Soviet Union/Iran-United States", Rand Corporation, abril, 1978 y Pierre Hassner, "A la recherche de la cohérence perdue. Du côté de la semi-périphérie", *Revue Française de Science Politique*, abril, 1980, p. 253.

revolución caribe: invasión, contrarrevolución y embargo económico demarcan los acercamientos entre la Habana y Moscú, mientras que los fracasos internacionales o internos, durante los años sesenta, de la revolución cercada no le dejaban ya otra elección sino entre la protección de la URSS y la asfixia a breve plazo.

Si la Unión Soviética, desde julio de 1960, se apresura a tender "la mano al pueblo de Cuba" y se ofrece para defender la isla, la URSS no había ni previsto ni preparado la victoria armada de Castro, a la que los comunistas ortodoxos del PSP sólo se unieron muy tardíamente. Aquella revolución descolonizadora sin modelo y sin amo, surgida en un medio hostil, iba a emprender en un primer tiempo un prodigioso esfuerzo interior y exterior para resistir a Estados Unidos sin caer totalmente en la órbita soviética. Por lo demás, en el momento mismo en que Moscú reconoce el carácter "socialista" de Cuba, Fidel Castro vuelve la espalda al legalismo de los partidos comunistas continentales y alienta la lucha armada en América Latina. Es cierto que el arreglo en 1962 de la crisis de los cohetes por un acuerdo directo entre Kennedy y Krushov hace pasar más de una nube en las relaciones cubano-soviéticas. Los cubanos tienen la impresión de haber sido engañados y de no poder contar en serio con la protección de la URSS. La guerra de Vietnam no hará sino confirmar sus inquietudes en cuanto a la solidaridad de los soviéticos respecto de sus protegidos agredidos por el "imperialismo".

Todo sucede entonces como si, a partir de un análisis de su propia subida al poder, profusa y brillantemente teorizada, los cubanos considerasen que sólo la extensión de la revolución en el continente americano pudiese asegurar la defensa del nuevo régimen. La reunión de la Tricontinental en la Habana en enero de 1966, y después de la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad) en julio-agosto de 1967, obedecen a estas preocupaciones. La URSS no tiene un papel airoso en esas conferencias que fustigan la posición de espera de los "seudorrevolucionarios" comunistas y recuerdan que "el deber de un revolucionario es hacer la revolución". Esta radicalización extrovertida, este voluntarismo militarista, que desatiende enteramente las condiciones nacionales de los países concernidos,⁸ desembocará en los desastres de la guerrilla a través de todo el continente y en la muerte del más ilustre de los guerrilleros en octubre de 1967. Pero ese "salto hacia adelante" de la política exterior cubana, calificado en Estados Unidos de exportación de la revolución, puede aparecer a la distancia menos como un gesto dictado por el mesianismo revolucionario que como la imposible búsqueda de una estrategia independiente para salvaguardar la revolución.

⁸ Ver William Ratliff, *Castroism and communism in Latin America. 1959-1976* (The varieties of marxist-leninist experience), Stanford (Calif.). Stanford University Press, 1978, p. 49.

Así también, efectivamente, es como puede interpretarse, después de la muerte de Guevara y del repliegue de la guerrilla, la gigantesca y febril movilización de 1968-1970 destinada a construir el comunismo quemando las etapas. En las efemérides castristas, 1969 es el año del "esfuerzo decisivo", seguido por el de la inaccesible zafra de los diez millones de toneladas. Todo el país está tenso en un esfuerzo sobrehumano cuyo objetivo parece ser el paso inmediato al socialismo. Los observadores mejor dispuestos lamentan la precipitación de esa estrategia borrosa de un costo humano y económico elevado.⁹ Casi todos están de acuerdo en señalar su idealismo y hasta su dogmatismo. Pero puede uno preguntarse si la "gran ofensiva" de marzo de 1968 y la gran zafra no eran igualmente tentativas desesperadas de asegurarse cierto margen de maniobra internacional y proveerse de los medios de no sucumbir a la lógica bipolar. Salvar a la revolución por medio de la fuga hacia adelante era sin duda tentador. Los chinos, que no tenían los mismos imperativos y que no se enfrentaban a las mismas amenazas, ¿no conocieron ellos también la misma tentación? Pero los Andes no se transformaron en una nueva Sierra Maestra, ningún nuevo Vietnam apareció en América, la socialización a marchas forzadas resultó una catástrofe económica, mientras que el objetivo de los 10 millones de toneladas de azúcar no pudo alcanzarse. El prestigio de Fidel Castro hubiera salido acrecentado de estas empresas si se hubieran visto coronadas por un mínimo de éxito, asegurando al régimen, a la vez que la creación de fuertes excedentes azucareros, un capital utilizable y una preciosa capacidad de maniobra. Pero fue lo contrario lo que se produjo y fue la Unión Soviética la que acrecentó su influencia en Cuba.

Si la restricción de los suministros de petróleo por la Unión Soviética en 1967-1968¹⁰ aparece netamente como un acto de coerción destinado a modificar las orientaciones de la política exterior cubana y las críticas contra la URSS, esa decisión no podría sin embargo explicarlo todo. Ilustra el grado de dependencia y la vulnerabilidad de la isla. No podría atribuirse mecánicamente a ese solo hecho la aprobación cubana de la invasión de Checoslovaquia por las fuerzas armadas del Pacto de Varsovia, que señala el fin de la herejía castrista y el regreso al redil del niño terrible del campo socialista. La reconciliación es sin duda resultado de los múltiples reveses que conoce en aquella época el régimen, pero el apoyo temperado al aplastamiento de la Primavera de Praga tiene otros móviles y corresponde a otras finalidades. A lo que atienden sobre todo en la Habana, donde la ortodoxia leninista no es una religión, es al sentido de la intervención soviética, más aún, a su alcance universalizable: la URSS defiende en lo sucesivo al socialismo allí donde está en peligro, la coexistencia pacífica no significa que Moscú baje la guardia y deje que las "fuerzas antisocialistas" internas

⁹ Ver sobre todo René Dumont, *Cuba est-il socialiste?* Paris, Le Seuil, 1970.

¹⁰ Cf. Mesa Lago, *op. cit.*, p. 69.

o externas ataquen a los países hermanos. Dicho de otra manera, Cuba aprueba tácticamente la acción de la Unión Soviética en Checoslovaquia por los mismos motivos que empujaban al gobierno castrista a criticar la actitud "pasiva" de Moscú en la guerra de Vietnam.

A partir de aquella declaración de apoyo diplomático en una coyuntura internacional delicada, Castro parece abandonar la esperanza de una propagación rápida de la revolución en América Latina. Al mismo tiempo, el lugar de la Unión Soviética en la economía se agranda, no sólo por la concesión de créditos, por la fijación de precios preferenciales para el azúcar cubana y el suministro de petróleo a precio reducido, sino también por una integración creciente de la isla en el campo socialista que viene a coronar la admisión de Cuba al COMECON en 1972. Paralelamente, la revolución se institucionaliza según un modelo de una ortodoxia probada. La planificación centralizada del Gosplan, bautizado aquí JUCEPLAN, sustituye a la improvisación de los miniprogramas inspirados por el "líder máximo", el gobierno se despersonaliza mientras que el Partido Comunista, hasta entonces simple símbolo de una alianza y de una pertenencia ideológicas, se estructura en cuanto vanguardia de un régimen leninista clásico y celebra finalmente su primer congreso en diciembre de 1975. Una constitución inspirada en el modelo soviético se promulga en 1976, la cual menciona expresamente a la URSS en su preámbulo y pone en pie unos órganos políticos calcados de los del gran hermano europeo. El mimetismo aplicado es tanto más impresionante cuanto que la revolución viene de lejos. Son numerosos los que piensan que desde ese momento Cuba ha dejado de ser castrista.

En el plano internacional, la hora inclina a la pausa. Los sobrevivientes de las guerrillas continentales, aquí y allá, denuncian a gritos la traición. La Habana se esfuerza por restablecer relaciones diplomáticas y comerciales con los gobiernos "burgueses" de América Latina. La vía armada no es ya privilegiada y Castro se acerca a los gobiernos reformistas del continente incluso cuando están, como en Perú, dirigidos por militares. La lucha contra el subdesarrollo y el fortalecimiento de la economía son los objetivos principales del "socialismo en un solo país". Pero ese "socialismo dependiente" no se resume en su modalidad burocrática. Lejos de ser una Bulgaria tropical, Cuba tiene otros triunfos en su baza que dan cuenta de su resurgimiento internacional de 1975 y de sus capacidades para desempeñar un papel de "minisupergrande".

Identidades múltiples: el efecto murciélagos

Miembro del COMECON pero no del Pacto de Varsovia, si Cuba es un satélite de la Unión Soviética, según la fórmula consagrada, su vasallaje es más del orden de la "servidumbre voluntaria" que del de la

dominación impuesta. Ni inspirada por el Ejército Rojo ni dirigida por un partido comunista pro-soviético, la rebelión castrista fue en efecto un movimiento de liberación nacional que los comunistas locales tardaron en comprender y que la URSS sólo recuperó después de la victoria. Sin duda la utopía revolucionaria ha sido normalizada. Las recetas del socialismo real han triunfado sobre el voluntarismo del levantamiento romántico. Y el Estado absorbe ahora a la sociedad civil. Pero ¿dónde está la verdad de Cuba? Asunto de fe o de convicción, se dirá; pero en materia de política las representaciones son tan verdaderas como los hechos. Y las percepciones sucesivas de Cuba se superponen sin anularse nunca. El sistema cubano, sus recursos internacionales, están tejidos de esta complejidad. Que los rebeldes hayan acariciado siempre el proyecto de construir una sociedad leninista o que se hayan resignado a un matrimonio razonable, o incluso a firmar un pacto con el diablo para sobrevivir, importa poco aquí.

Cuba juega con su doble identidad, y como el murciélago de la fábula, alternativamente pájaro y mamífero, no renuncia a sus dos naturalezas; el centralismo democrático no borra el gesto de la Sierra Maestra, la ideocracia no ha ahogado al nacionalismo, Martí sigue transparentándose debajo de Lenin. La valentía y el calor de los hombres de la revolución, empezando por Castro, hacen incluso olvidar a veces las pesadeces autoritarias de la dictadura del proletariado. Pues el sistema cubano es evidentemente mixto, nacido del encuentro de instituciones de tipo soviético y del carisma de Fidel Castro, cuyo liderazgo pudo aparecer a algunos como un verdadero "sustituto" a la vez del proletariado y del partido.¹¹ La estatura del "líder máximo", su aura de "segundo Bolívar" y su autoridad de "liberador del continente" son otras tantas garantías de que Cuba no es una simple réplica caribe de las democracias populares europeas. Se ha observado, por lo demás, que en estas últimas la personalización del poder tomaba muy a menudo una función nacionalista y aseguraba a veces cierta autonomía en relación con Moscú. Sea como sea, todo esto configura en el Tercer Mundo por lo menos, y sobre todo en América Latina, la imagen positiva de la Revolución cubana.

Los logros innegables de Cuba en el terreno de la igualdad de condiciones, de la salud o de la educación importan menos en efecto para el prestigio de la Habana que el recuerdo de una imposible tercera vía, nunca enteramente abandonada, en la que la isla se había adentrado primitivamente, la de un socialismo humanista y no dogmático, exento de sectarismo, hecho cada vez más de generosidad antes que de doctrina patentada. Pero sobre todo Cuba sigue siendo el "Primer territorio libre de América", símbolo de una emancipación valerosa y arriesgada del puño de la potencia tutelar. La admiración hacia el

¹¹ Alain Joxe, *Socialisme et Crise nucleaire*, Paris, l'Herne, 1972, p. 105 s.

país que resistió al "imperialismo" y lo derrotó en Playa Girón no se desmiente, incluso a veces entre sus adversarios.

Si estas especificidades políticas no bastan para dar cuenta de la subida en poder de Cuba, hay otros elementos que le asignan una situación tan ambigua como privilegiada en el tablero internacional y le proporcionan los medios de una movilidad diplomática en todas direcciones. Situada en el cruzamiento de dos órdenes de coordenadas geopolíticas, país en vías de desarrollo de una zona clave del Tercer Mundo, pero nación socialista, Cuba se inscribe en el encuentro del eje Este-Oeste y de las relaciones Norte-Sur. Lo cual le permite además ligarse a tres universos distintos: comunidad socialista, América Latina y movimiento de los no alineados, en los que concurren la geografía y la cultura, el sistema socio-económico y las tomas de posición diplomáticas manifiestas. Cuba está siempre pues donde no se la espera. Para la Unión Soviética sus múltiples papeles y sus diferentes facetas no carecen de interés. Intermediario o cebo, Cuba puede verse desde el Kremlin como un medio de cooptación a escala mundial. Pero inversamente La Habana posee por su posición en múltiples encrucijadas, reforzada aún más por el carácter multirracial de su sociedad, una fluidez diplomática no desdeñable. Esta multiplicidad de papeles sucesivos o simultáneos le da los medios de superar la situación de dependencia y quizá de intentar reequilibrar así su relación con la Unión Soviética.

Internacionalismo proletario e imperativo de sobrevivencia

La decisión cubana de enviar un cuerpo expedicionario a Angola en noviembre de 1975 para ayudar al gobierno del MPLA a establecer su poder en Luanda difícilmente podría ponerse únicamente en la cuenta de la dependencia petrolera de Cuba en relación con la Unión Soviética, menos aún, sin duda, puede verse en ella la consecuencia de la monoexplotación azucarera y del mercado único. Los años 1974-1975 corresponden en efecto a precios muy altos del azúcar, que dan a Cuba cierto margen de libertad para escoger sus socios comerciales. Aun si la inversión de la coyuntura operó desde 1975, todas las opiniones concuerdan en considerar la operación angoleña como debida a la iniciativa cubana. Y La Habana tuvo buen cuidado entonces de subrayar la precariedad del transporte de tropas que, en un primer tiempo, no debía nada a la Unión Soviética, la cual se contentaba con esperar la reacción norteamericana. Esta versión oficial de una decisión independiente de Cuba es corroborada por muchas opiniones autorizadas. El representante del presidente Carter en las Naciones Unidas pretendía incluso que "los rusos han sido arrastrados por los cubanos en Angola".¹²

¹² Entrevista a Andrew Young, "The us should stay out", *Newsweek*, 20, mars 1978.

Si los soviéticos tomaron por el contrario la iniciativa de intervenir en Etiopía con tropas cubanas, obligando a Cuba a abandonar a sus protegidos eritreos para ayudar a Addis-Abeba contra Somalia, antiguo cliente soviético aliado a La Habana, es posible que haya habido un regateo africano entre los dos países. Pero esta eventualidad da a Cuba un rango de socio y crea entre los dos regímenes lazos de dependencia recíproca cualesquiera que sean los móviles de la URSS, incluso si la menor visibilidad de los cubanos en África tiene que ver con los orígenes de una opción dictada por la prudencia de Moscú con respecto a posibles reacciones de Washington.

Puede pensarse pues que la explicación del activismo planetario cubano por la deuda contraída con la URSS, ya que la deuda soviética, según la mayoría de las evaluaciones, alcanza hoy trescientos mil dólares por año, es insuficiente. Una relación de complementariedad hecha de "constricciones y presiones mutuas" se acercaría más a la realidad.¹³ Y aun así habría que ver, si Cuba no es un simple instrumento, lo que el régimen castrista tiene que ganar en esa asistencia militar a gobiernos revolucionarios lejanos.

Numerosas explicaciones han sido propuestas por los propios protagonistas. No son en general las mejores. La retórica cultural que subraya el carácter latino-africano de Cuba no proporciona más que una autojustificación irrisoria de una "revolución blanca" que relega la "negritud" de una parte del pueblo cubano en nombre de la igualdad y del marxismo-leninismo. La evocación del internacionalismo proletario traduce en el código legitimizante del régimen a la vez un análisis internacional y la alineación en el campo socialista. Consecuente con su pasado, Cuba la emprende con África, "eslabón más débil del imperialismo", pero ¿por qué ahora los castristas no ayudan ya a los movimientos revolucionarios, sino a unos gobiernos más o menos sólidamente establecidos? En cuanto a la alineación, la múltiple inserción de Cuba en el escenario internacional hace difícil y hasta acrobático su papel en cuanto vanguardia de la influencia soviética en el Tercer Mundo. El actual presidente de los no alineados está en la obligación de observar cierta reserva que no va en la dirección de los intereses de la URSS. Toda prenda entregada al campo socialista hace perder a La Habana su credibilidad en el seno del movimiento. El sostén a la intervención soviética en Afganistán no sólo impidió por dos veces a Cuba conseguir un lugar de miembro no permanente del Consejo de Seguridad en la ONU, sino que hizo fracasar sus tentativas de transformarse en guía indiscutido del Tercer Mundo y de recuperar el movimiento de los no alineados en favor del campo soviético. A esto habría que añadir las contradicciones de fondo del papel de Cuba, defensora de un Nuevo Orden Económico Internacional que a la Unión

¹³ Como lo sugiere Jiri Valenta en su artículo, "The USSR, Cuba and the crisis in Central America", *Orbis*, otoño 1981, p. 728.

Soviética, "patria del proletariado", la tiene muy sin cuidado, a pesar de su estatuto de país desarrollado. Las pequeñas divergencias tácticas entre Cuba y la URSS que aparecen aquí y allá en la ayuda a las facciones angoleñas o en el nivel de implicación deseable frente a la secesión eritrea, señalan igualmente los límites de los "deberes internacionalistas".¹⁴

Es más bien en términos de mesianismo revolucionario como hay que evocar esas implicaciones. Porque esa dimensión es constitutiva de la identidad del régimen cubano y porque no se ha borrado nunca, incluso en los periodos de repliegue. La isla en efecto no ha dejado nunca de ser un santuario y una tierra de acogida al menos para las fuerzas "revolucionarias" y "antiimperialistas" latinoamericanas de todo origen, mucho antes de que la victoria sandinista de julio de 1979 en Nicaragua ofreciese a Cuba la oportunidad de un regreso al proscenio continental discreto pero eficaz. Esa proyección exterior es una manera de tomar sus distancias con respecto a los laboriosos y discretos satélites europeos, de afirmar su originalidad a la vez que se debilita al adversario norteamericano. El orgullo que, en un primer tiempo, antes del balance de los sacrificios aceptados, pudo sacar el pueblo cubano de sus empresas africanas no es desdeñable para el afianzamiento del régimen. Pero es sin duda en otro sitio donde hay que buscar el móvil principal. En otro sitio, es decir en la geopolítica y en el sistema internacional. Dicho de otra manera, el mesianismo revolucionario no es un reflejo sentimental, el suplemento de alma de una revolución que se siente estrecha en un territorio demasiado pequeño para sus designios, sino que responde a un imperativo de sobrevivencia.

Puede adelantarse pues la hipótesis de que el objetivo principal de la política exterior cubana es la búsqueda de la seguridad frente a las amenazas de los Estados Unidos. Para eso, la estrategia castrista presenta dos rostros que la multiplicidad de sus recursos internacionales —podríamos escribir su bastardía diplomática—, tanto como su debilidad intrínseca, le hacen obligatorio utilizar simultáneamente, y que configuran una diplomacia de movimiento. El primer rostro está vuelto directamente hacia los Estados Unidos. El segundo concierne al otro grande. Respecto de los Estados Unidos, que han probado todos los medios para derrocar a Fidel Castro, la meta perseguida es evitar el enfrentamiento cara a cara y tomar prendas a fin de desviar la presión norteamericana. La fuga hacia afuera no está inscrita en la psicología aventurera de Fidel Castro, sino en la preocupación primordial de evitar una defensa estática y de superar así, por "la extravagancia política, la asfixia económica y política a la que Cuba es sometida por los

¹⁴ Sobre las divergencias respecto a las luchas de facciones dentro del seno del MPLU y de la negativa cubana de enviar tropas contra los rebeldes eritreos ver LeoGrande, William M., "Cuba policy recycled", *Foreign Policy*, primavera, 1982.

Estados Unidos".¹⁵ Por otra parte, se trata de acrecentar igualmente, por medio de los éxitos externos, la influencia cubana sobre Moscú y asegurar así al mismo tiempo, por la reproducción idéntica del modelo leninista en el interior, y por la complementariedad de la acción internacional, militar o no, un apoyo incondicional frente al enemigo. En cierto modo, Cuba se hace indispensable al campo socialista para evitar ser el objeto pasivo, como en 1962, de un regateo planetario entre los dos grandes y para obligar a una solidaridad activa a la Unión Soviética en caso de agresión norteamericana. La crisis de las relaciones soviético-cubanas en la época de la guerra de Vietnam, la sorprendente aprobación dada a la invasión de Checoslovaquia o la desconcertante declaración de Castro en el 27º Congreso del Partido, en diciembre de 1980, que apoyaba de antemano una intervención soviética en Polonia, si las conquistas socialistas se encontraran allí amenazadas, constituyen otros tantos datos aparentemente dispares que van en la misma dirección: imponer a la URSS la defensa de Cuba, país socialista extraviado en el hemisferio americano.

Así la mundialización de la política exterior cubana está en primer lugar inspirada por la voluntad de maximalizar la seguridad de la revolución, rompiendo su aislamiento y rodeando el bloqueo norteamericano. El papel planetario y global de Cuba está inscrito en la geopolítica y en la política de Estados Unidos. La Unión Soviética está lejos, el activismo diplomático es un medio de pesar sobre ella, para comprometerla a defender la independencia cubana, después del fracaso de la estrategia guevarista que consistía en crear una red de nuevos poderes revolucionarios en el Tercer Mundo. El complejo de abandono del David caribe es el pivote de su comportamiento internacional en el que la vocación revolucionaria coincide con el objetivo de seguridad. Así una pequeña nación puede ser un gran actor internacional porque no le queda otra elección. Su subida de poder es el reverso de su vulnerabilidad, incluso en un contexto internacional que sigue siendo bipolar, pero donde la movilidad es un triunfo considerable.

¹⁵ Como lo dice justamente Zaki Laidi en su artículo consagrado a la presencia soviética en África subsahariana: *Présence soviétique en Afrique noire*, *les Etudes*, enero, 1982, p. 29.